

## **HOMILÍA EN HOMENAJE A SU SANTIDAD JUAN PABLO II<sup>1</sup>**

*Antonio Moreno Casamitjana*  
*Arzobispo de la Ssma. Concepción*

Pocos días antes de comenzar su memorable visita a nuestra Patria, hace 18 años justos, el Santo Padre, Juan Pablo II enviaba un mensaje radiotelevisado en el que manifestaba su deseo de llegar hasta nosotros "como Mensajero de la vida, del amor, de la reconciliación y de la paz, que nacen de Cristo Redentor". Aunque reconocía que, como era evidente, no podría visitar todas las ciudades y hogares, venía en el ánimo de visitarnos a todos, quería entrar en todos los hogares al menos con su saludo y su bendición, y su afecto (su "abrazo") y su palabra de esperanza iban dirigidos a todos.

Hoy, dieciocho años después, podemos comprobar que su aspiración se cumplió plenamente. No hay un chileno ni una chilena que no haya sentido muy personalmente la visita de Juan Pablo II, el año 1987. Todos tenemos recuerdos, emociones, enseñanzas que nos tocaron personalmente y que hoy, con ocasión de su muerte, afloran con toda nitidez y despiertan la misma emoción.

El fervor que hemos visto en Chile con ocasión de su muerte se reproduce en prácticamente todo el mundo, en cada uno de los países visitados por él en los numerosos viajes de su pontificado. Esa capacidad suya de llegar a hombres y mujeres de todas las razas y culturas, de todas las edades y condiciones sociales, económicas y religiosas, revela en él la capacidad de llegar al hombre en su misma humanidad. Tiene que ver con la acción del Espíritu tal cual se manifestó en Pentecostés, donde esa muchedumbre de partos, medos, y elamitas, habitantes de

---

<sup>1</sup> Homilía en homenaje a S.S. Juan Pablo II. Abril 2005, Concepción, Chile.

Mesopotamia, Judea y el Asia Menor, Egipto, Libia, romanos, cretenses, y arabes, escuchaban a los Apóstoles cada uno en su propia lengua, y comprendían que hablaban de las maravillas de Dios (Hech. 2, 8-11). El pontificado de Juan Pablo II ha sido una clara comprobación de que el Evangelio de Jesús, la Buena Nueva contenida en el misterio pascual de su muerte y resurrección tiene algo que decir a todo hombre en este mundo, de cualquiera época, estado de vida, situación.

Esto que percibimos también en la variedad de los discursos y escritos de Juan Pablo II. Se dirigió a la Iglesia y al mundo, a obispos, sacerdotes y laicos, jóvenes y adultos, solteros y casados, pobres y ricos, sanos y enfermos, libres y presos. Se dirigió a trabajadores y a universitarios, a Jefes de estado, políticos y diplomáticos, a indígenas y campesinos. Todos entendían que les hablaba en su "idioma", y que les hablaba de Jesús, el Señor, único salvador.

Ese fue el tema de Juan Pablo II porque ese es el tema de la Iglesia, desde la primera predicación apostólica: "No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos" (Hech. 4,12). Así se expresaba Pedro después de la curación del tullido y en las instrucciones a la primera comunidad de Jerusalén. Así también Esteban y luego San Pablo: nosotros predicamos a Cristo, un Cristo crucificado, fuerza y sabiduría de Dios. No había rasgo alguno de prepotencia ni complejo de superioridad en Pedro cuando ante los miembros del Sanedrín que le ordenaban -a él y a los demás apóstoles- no hablar ni enseñar en nombre de Jesús, respondió: No podemos desobedecer a Dios; no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído (Hech. 4,18).

Juan Pablo II fue un anunciador (profeta) de Cristo. Un evangelizador infatigable. El extenso magisterio de Juan Pablo II comienza con esa encíclica que comienza con estas palabras: "El Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia. A él se vuelven mi pensamiento y mi corazón en esta hora solemne que está viviendo la Iglesia y la entera familia humana contemporánea. Este tiempo en el que... Dios me ha confiado por misterioso designio el servicio universal vinculado con la Cátedra de San Pedro en Roma, está ya muy cercano al año dos mil". Lo escribía en 1979, pocos meses después de su elección. Al final de su vida, su Magisterio culmina con la Carta Apostólica

sobre la Eucaristía que comienza: "Quédate con nosotros, Señor, porque atardece y el día va cayendo". La tarde caía también para él. Su vida se apagaba al comenzar este milenio en cuya preparación puso su atención y volcó sus energías duramente 26 años, pero su atención a la Eucaristía en sus últimos años (con documentos como *Dies Domini*, *Ecclesia de Eucharistia*), es la expresión de su permanente preocupación por remitir a la Iglesia a su único fundamento y única razón de ser: Jesucristo, el Señor siempre presente en el sacramento de su amor, en el que nos ofrece su cuerpo y su sangre entregados por nosotros. Esta forma de despedirse de Juan Pablo II corresponde a lo que hizo el mismo Jesús cuando también caía la noche de su Pasión: instituyó la eucaristía (Juan 13,30). Todo hombre tiene que pasar, en este mundo, por el ocaso de su vida. Cristo también lo hizo por nosotros; pero Cristo ya resucitó. El permanece con nosotros, y donde El está no hay noche. La misma noche se hace luminosa, como cantamos en la Vigilia Pascual, y de alguna manera lo hemos percibido en la muerte de Juan Pablo II. ¡Una muerte luminosa!

En momentos particularmente oscuros de la historia reciente, Juan Pablo II vio la luz en el Señor Jesús, y esa luz lo acompañó toda su vida. En su último libro, "Memoria e Identidad", recuerda ese comienzo del siglo XX, que él vivió en Polonia, como un tiempo en el que el mal irrumpió en la historia con especial violencia, y, consideradas las consecuencias de las ideologías que entonces se disputaban el reino de este mundo, hay que reconocer que el título de "ideologías del mal" que el Papa les da, se ajusta a la realidad. Ver las cosas así, no significa que la visión de Juan Pablo II fuera pesimista. Al contrario. Fiel al Evangelio, advierte que en medio del mismo mal nunca falta el bien. Que el mal nunca es ausencia absoluta de bien. Este, nunca puede estar absolutamente ausente en la creación de Dios. Además, Dios vela sobre la historia, que es el lugar en el que se cumple su plan de salvación, poniendo siempre un límite. Pero, también fiel al Evangelio, Juan Pablo II nos recuerda que la misión que Cristo encomendó a su Iglesia es advertir al mundo que la raíz del mal está en la pretensión de rechazar a Dios, en querer construirse sin El, decidir autónomamente lo que está bien y lo que está mal. La lección que el Pontífice recientemente fallecido deja a la Iglesia es consagrarse entera, confiada en la fuerza del Espíritu Santo, como lo hizo el mismo Jesús, a "convencer al mundo acerca del pecado" (Jn. 16,8). Como Cristo lo hizo y, por lo

tanto, sin condenar al mundo, sino, como Cristo, entrando en él, compadeciéndose de sus sufrimientos, dando la vida por él. Convencer significa haciendo entender, haciendo ver las cosas como son.

Esto es lo que hemos visto en Juan Pablo II.

Nadie honradamente puede decir que haya sido crítico cerrado a los valores auténticos del mundo moderno. No tiene nada de misántropo o de misógino. Era un gozador de todo lo que fuese verdadera la vida, de la naturaleza, del arte, de la cultura, de la gente. Trató de comprender el mundo. Joven, se consagró a la filosofía. Estaba convencido del valor del tomismo pero igualmente apreciaba las posibilidades que abría la fenomenología. Conocía bien a Husserl y era amigo de algunos de sus discípulos (indirectamente, de Edith Stein, a la que, como Papa, canonizó). Presentar a Juan Pablo II como un conservador timorato, reaccionario, a la defensiva frente a la verdad y al progreso, es no entenderlo. Gozaba con el ejercicio de la inteligencia, pero sabía muy bien que la inteligencia puede dar el gozo de la contemplación más alta de la verdad o puede causar las calamidades mas tremendas. Sabía que detrás de las ideologías que causaron los mayores estragos de la historia hubo gente muy inteligente y muy culta, pero con una inteligencia que había perdido su objeto, funcionaba en el vacío, sin contacto con la realidad, con el ser, entregados al proyecto soberbio de crear un mundo nuevo, lo que les impedía conocer, comprender y amar el mundo real, interesarse por el hombre tal cual es, como existe y como está llamado a ser por su misma naturaleza. Desde aquí, la pendiente que lleva a la instrumentalización del hombre es inevitable, y afecta especialmente al más débil, al que, por cualquier motivo resulta "no deseado".

Juan Pablo II ha mostrado precisamente cómo el conocimiento y el amor de Jesucristo lleva a comprender y amar todo lo que es auténticamente humano comenzando evidentemente por el hombre mismo. Todo su ministerio y su magisterio puede entenderse desde ahí.

En primer lugar lo que podríamos llamar su "alegría de estar con los hombres" (Prov.8,31). Con todos, no masivamente, sino personalmente. Ciertamente reunía multitudes, pero su manera de mirar a esas multitudes era la del que se esforzaba por

ver personas. No era un conductor manipulador de masas. Y eso lo sentía cada uno y cada una en esas reuniones multitudinarias. Sus viajes eran una expresión de lo mismo. No se contentaba con recibir informes sobre los chilenos, sino que quería estar con ellos, verlos, escucharlos.

En sus escritos exponía lo que él mismo comprendía con gozo desde Jesucristo. Sobre el hombre, sobre el trabajo y la cuestión social, sobre los problemas étnicos, sobre el matrimonio, la familia y la vida, sobre temas actuales, como la experimentación científica, sobre el armamentismo, la deuda externa, la ecología, la pobreza, la guerra, sobre la ancianidad y sobre el arte. En fin, sobre todo lo que tiene que ver con el hombre. En su Magisterio se siente el deseo de hacer realidad la promesa de Cristo: "Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres".

En último término, la actitud del Papa Juan Pablo II y su obra se explican a partir de su convencimiento de que la razón humana esta hecha para la verdad y que puede alcanzarla, y que la fe no es un freno para la inteligencia, sino una ayuda para alcanzar su objeto más alto: Dios. El cristiano tiene plena confianza de que quien busca la verdad con auténtica necesidad y humildad, finalmente llega a Dios. Como esa filósofa judía, atea (Edith Stein) que, por el camino de la búsqueda de la verdad llegó a la santidad. Así, las grandes encíclicas *Veritatis Splendor* y *Fides et Ratio* (1993 y 1998) son fundamentales para comprender la personalidad, la vida, la obra y el mensaje del Papa Juan Pablo II.

Esta es la tarea que Juan Pablo II deja a la Iglesia al comenzar un siglo y un milenio. Más que dejárnosla, él nos recuerda que la tenemos desde el mismo Jesucristo. Juan Pablo II, hombre de este cambio de siglo, testigo plenamente consciente de la mentalidad, los anhelos, los éxitos y fracasos, las virtudes y los pecados de nuestra generación, nos lo recuerda, y además, nos muestra como se cumple la tarea que Jesús dejó a su Iglesia. Y, por si nos asaltara la duda, Dios ahora, ante ese cuerpo que sostuvo su entrega hasta el fin imitando a su Maestro y Señor, nos permite percibir la cosecha que logra el siervo bueno que trabaja fielmente, y el premio que recibe: la participación en el gozo de su Señor (Mt.25,14ss). Contemplando lo que fue su vida no podemos dejar de estar seguros de que Juan Pablo II está entrando en ese gozo reservado al siervo bueno y fiel, y, aunque entristecidos por la

separación, participamos de ese gozo que el Espíritu infunde en el único Cuerpo de Cristo: la Iglesia de los vivos y de los difuntos.

Jesús profetizó: "cuando yo sea levantado sobre la tierra a todos los atraeré hacia mí" (Jn. 12,32). Las fotografías de las calle de Roma atestadas de gente venida de todo el mundo que convergen hacia los restos de Juan Pablo II son impresionantes. Son el testimonio de la atracción que el amor que se entrega hasta el sacrificio ejerce sobre el corazón humano.

Es imposible hablar del Papa Juan Pablo II, sin recordar su profunda devoción a la Virgen Maria. También forma parte de su legado a la Iglesia.

No hay ninguna contradicción entre la total centralidad de Cristo en su vida, su piedad, su doctrina y su actitud pastoral y su total entrega a Maria. Su lema, como es bien sabido, fue "Totus Tuus", y va dirigido a la Virgen Maria.

Todo su magisterio es un ejemplo de como se integra la devoción mariana en la fe y la devoción cristiana, y esa integración tiene su base en el mismo Evangelio. Maria no es, para los católicos, una "diosa madre", sino la criatura excelsa por la perfección de su "sí" a la voluntad de Dios, en obediencia a un plan divino que quiso agotar en ella la capacidad santificadora de su gracia.

Por expreso mandato de Cristo la veneramos no sólo como una gran santa, sino como "madre"; es decir, como la mujer que por la sobreabundancia de la gracia de Cristo en ella, tiene una eficacia real, dependiente de Cristo, en nuestra vida cristiana, en el nacimiento y desarrollo de la vida de hijos de Dios en nosotros.

Para nosotros, pueblo de gran tradición mariana y en esta ciudad consagrada a María, cobra un sentido muy especial que Juan Pablo II nos haya visitado pocos días después de haber publicado su encíclica "*Redemptoris Mater*" (25,3,87), con la que anunciaba un año mariano que comenzaría el 7 de junio siguiente. En esa encíclica el Papa quería "poner de relieve la especial presencia de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de su Iglesia", de acuerdo con la teología del Vaticano II, y como lógica preparación para la celebración del 2º milenio del nacimiento de Cristo (N.48).

Juan Pablo II fue, en nuestros tiempos, un gran Apóstol, como San Pablo. No le preocupaba otra libertad que la de la Palabra de Dios; la libertad de la verdad que no puede ser encadenada. El no negó a Jesucristo. Confió en el que permanece fiel para siempre, y siguiéndolo con la mirada puesta siempre en El, se mantuvo fiel. Hoy oramos con la Iglesia a aquel que tranquilizó a quienes lloraban la muerte de alguien muy querido con las palabras de la fe: "Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás" (Jn. 11,25s).